

María Nancy Ortiz Naranjo*

El latido del texto. Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica en ciencias humanas

Resumen

El presente trabajo pretende problematizar el régimen de verdad sobre la *escritura académica* en el que se inscriben las prácticas de escritura y publicación -así como el conjunto de reglas de saber y poder que este despliega-, por medio de un análisis discursivo¹ que parte del *artículo*, como texto privilegiado de dicho régimen, en cuya superficie es posible captar las relaciones de fuerza que favorecen la emergencia de la resistencia. A lo largo de este estudio planteo una posición del discurso como espacio en el que la vida irrumpe, como condición para la creación y transformación del pensamiento, a partir de una mirada que reactiva el valor de la retórica como teoría de la argumentación. Lo anterior se da gracias a la configuración de la imagen del texto académico como un cuerpo vivo, que palpita, circula, respira, digiere, metaboliza y desecha, un cuerpo lleno de movimiento. El contexto de la reflexión es Colombia y, en concreto, el sistema de publicaciones de la Universidad de Antioquia.

Palabras clave. Escritura académica. Ciencias humanas. Discurso. Argumentación. Saber. Poder. Resistencia.

Una contextualización necesaria

“Debemos enfrentar un mundo nuevo y desconocido, sin ninguna de las ilusiones que mantuvieron al positivismo en la idea de que la ciencia lo puede todo, incluso transformar la naturaleza del hombre o hacer coincidir irrevocablemente el progreso material con el progreso moral. Después del fantasma del ‘hombre nuevo’ que las

* Profesora de Tiempo Completo de la Facultad de Educación, Universidad de Antioquia (Colombia). Candidata a Doctora en Ciencias Humanas y Sociales de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: nanytanana@gmail.com

¹ Dicho análisis lo realizo en el marco de la Beca CLACSO-ASDI 2012-2013, Concurso “El estado de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe en el mundo contemporáneo”. A su vez, este trabajo constituye un avance de mi tesis doctoral: “Escribir en ciencias humanas. Juegos de saber, poder y resistencia en la escritura académica. Publicaciones Universidad de Antioquia (1985-2010)”. En dicha tesis realizo un análisis discursivo de un *corpus* de artículos de revistas de la Universidad de Antioquia (Colombia), en el campo de las ciencias humanas, entre 1985 y 2010.

filosofías de la historia pretendieron construir, ¿cederemos ahora ante el del hombre numérico, neuronal o biónico elaborado por los nuevos demiurgos de la ciencia?”

Jean-Jacques Salomon, (2001: 284)

La universidad participa de la crisis de la modernidad constituida a partir de la fe ciega en el objetivismo y la especialización, que la lleva a equiparar de manera exclusiva ciencia, conocimiento y verdad, y a plantearlos como la solución a los grandes problemas de la humanidad, desde la concepción de un progreso lineal y ascendente².

Lo anterior es reforzado por la incursión en el ámbito universitario de discursos tecnocráticos, con un planteamiento de calidad que promueve la homogenización, la estandarización, la competitividad, el consumo y, en términos generales, la voluntad de circulación de un *pensamiento único*, vinculado con la idea de que sólo lo medible, cuantificable, verificable y objetivable puede producir ciencia.

Desde esta lógica, se instauro el requerimiento de universalidad en los procedimientos y resultados de una actividad investigativa que busca *la verdad* en relación con un problema determinado, verdad que sólo una ciencia universal, objetiva y neutral puede alcanzar. Esta condición, en numerosas ocasiones, la distancia de la cotidianidad y de la experiencia concreta de los sujetos y sus contextos socioculturales.

Es así como la escritura académica se ve inscrita en las reglas de un juego de saber-poder que descalifica ciertas formas discursivas y privilegia otras, con el interés de uniformar la producción académica y de ajustar las publicaciones a estándares internacionales. En este contexto particular se sitúan las publicaciones universitarias, por medio de las cuales se pretende poner en circulación el conocimiento producido en la universidad y en otros ámbitos académicos. Estas publicaciones se encuentran atravesadas por prácticas discursivas en las que es posible interpretar un régimen de verdad sobre aquello que puede o no llamarse escritura académica. Pero, como veremos más adelante, en esos juegos discursivos es posible también ubicar tensiones, discontinuidades, puntos de fuga, que dejan entreabierto la puerta para la resistencia a tal régimen.

Con este trabajo no pretendo identificar el *origen* de la escritura académica, como si ésta fuera el resultado de un destino proyectado, intencionado o maquinado a partir de dicho origen. La idea es, más bien, problematizar la *escritura académica* y los azares, discontinuidades, voluntades de poder, relaciones de fuerza y devenires que han posibilitado que hoy veamos su régimen de reglas como una “verdad”, para muchos incuestionable.

² En este sentido, en Colombia, la Ley 1286 de 2009 de Ciencia, Tecnología e Innovación (Artículo 1º) plantea que su objetivo general es “fortalecer el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología y a Colciencias para lograr un modelo productivo sustentado en la ciencia, la tecnología y la innovación, para darle valor agregado a los productos y servicios de nuestra economía y propiciar el desarrollo productivo y una nueva industria nacional”.

En Colombia, las publicaciones universitarias se encuentran incididas por las historias y realidades concretas de cada institución, pero también, de forma directa e indirecta, por instancias generales de regulación, tales como el Sistema Nacional de Investigación, Colciencias, el Índice Bibliográfico Nacional Publindex, entre otras. En el caso concreto de la Universidad de Antioquia, las publicaciones dependen desde 1984 de la unidad administrativa denominada Departamento de Publicaciones; a ella se adscriben tanto la Editorial³ como la Revista de la Universidad de Antioquia⁴, publicación emblemática de la institución, entre otros proyectos editoriales.

Es Colciencias quien se encarga de realizar la inclusión y actualización de la información de las revistas especializadas de CT+I nacionales en la base de datos Latindex, procedimiento que se realiza cada vez que se publican las actualizaciones del Índice Bibliográfico Nacional Publindex. Esto además se vincula con el decreto 1279 de 2002 (y su antecedente, el decreto 1444 de 1992), en el cual se establecen los estímulos para que los profesores de las universidades públicas colombianas produzcan conocimiento y este sea publicado. Dicho decreto orienta los comités de puntaje salarial en las universidades.

Estas disposiciones administrativas coinciden con diversos procesos de índole social, económico y político, en los que la emergencia de la crisis del modelo de desarrollo⁵, la globalización, el planteamiento de políticas económicas mundiales, el conflicto social, la aparición-difusión de internet y otras innovaciones tecnológicas, desempeñan un papel determinante⁶. Los efectos y las reacciones a dichos acontecimientos son visibles en la vida universitaria y desde luego en las prácticas de investigación, escritura y publicación⁷.

³ La Editorial de la Universidad de Antioquia tiene un importante reconocimiento a nivel nacional y continental. Actualmente posee 16 colecciones y un catálogo histórico con más de 600 títulos de diversos campos temáticos. Así mismo, se encuentra organizada en tres áreas: producción de libros, promoción y mercadeo del fondo editorial, y actividades de extensión e investigación editorial. Dentro de esta última se aprecia un componente pedagógico, en la oferta de cursos, talleres y materiales cuyo propósito lo constituye el orientar la producción intelectual de profesores, investigadores y escritores en general. Diferentes documentos soportan esta área, tales como el “Reglamento Editorial Universidad de Antioquia y otras disposiciones sobre publicaciones universitarias” y los materiales del curso “Escribir para publicar”, por citar algunos.

⁴ La Revista de la Universidad de Antioquia constituye una de las revistas universitarias más importantes del país; se trata de una publicación trimestral de contenido libre. Aunque fue creada en 1935, el año de 1985 constituye un hito para analizar en su historia, dada su incorporación al entonces recién creado Departamento de Publicaciones y, sobre todo, por su “resurgimiento” como publicación académica, luego de que recayera sobre ésta la crisis política, financiera y administrativa que sufrió la universidad en la década de los 70 (cfr. Restrepo et al., 2005: 7-9).

⁵ Alberto Martínez Boom (2004: 175) afirma que “no se trató de la crisis de un modelo de desarrollo particular sino del agotamiento del desarrollo como modelo económico y social. Lo que se puso en entredicho no fue la desviación de algunos aspectos de la política o de algunas porciones de la estrategia sino la adopción misma de la estrategia del desarrollo como forma de organización económica y social prescrita desde el mundo industrializado para esa otra porción llamada Tercer Mundo. De allí que no podamos calificar la situación como la crisis del desarrollismo sino como el agotamiento del modelo de desarrollo o la aparición de una nueva tecnología neoliberal del gobierno”.

⁶ Ver Salomon (2001: 268-284)

⁷ De acuerdo con Kreimer (2011: 59), “las actividades de evaluación de la ciencia en los países de América Latina responden más a una racionalidad burocrática que resulta implícita o explícitamente- funcional al contexto de una ciencia globalizada e interpenetrada por necesidades públicas y privadas de los centros

En esta vía, presenciarnos la inserción paulatina en el discurso académico universitario de términos tales como “capital de conocimiento”, “calidad”, “indicadores de producción”, “estandarización”, “consumo”, “eficacia”, “competitividad”, “*ranking* nacional e internacional”. Estas reiteraciones de palabras y expresiones no son accidentes lingüísticos triviales; hacen parte de un régimen de verdad en el que la actividad académica es valorada (medida) en términos competitivos⁸. Así, los artículos publicados en revistas indexadas “se constituyen en una verdadera moneda de cambio” (Kreimer, 2009: 109)⁹ con una alta incidencia en la evaluación de la producción de los grupos de investigación¹⁰, así como en la obtención de estímulos salariales por parte de los profesores universitarios¹¹.

Ciertamente, en el campo las ciencias humanas, caracterizadas por una larga tradición de escritura y lectura de libros, la publicación de artículos viene erigiéndose como un imperativo¹². En dicho campo, ha sido evidente la adaptación a los criterios del modelo de

hegemónicos de producción de conocimientos, que por la consideración acerca del papel de dichos conocimientos en las sociedades en donde ellos se producen”.

⁸ Al respecto, Jean-Jacques Salomon (2001: 281) acota: “Nuevas formas de subvención y de producción del conocimiento no solamente modificarán el funcionamiento de las instituciones dedicadas a la investigación, sino que amenazan también con comprometer los valores que hasta ahora ha cultivado el mundo académico: por ejemplo, restringiendo la publicación de los descubrimientos, los derechos de propiedad intelectual y el libre acceso de todos los investigadores a los resultados de la investigación universitaria, o bien provocando conflictos de intereses a partir de una vinculación demasiado estrecha con los organismos que subvencionan la investigación. Esto hace que los descubrimientos aparezcan cada vez más como objetos mercantiles, que no se distinguen ya casi de las aplicaciones compradas y vendidas en el mercado”.

⁹ Karin Knorr Cetina y, posteriormente, Pablo Kreimer, sostienen que los artículos -aunque guardan relación con las investigaciones de las que proceden- en realidad, no son automáticamente su reflejo, ya que su escritura se encuentra atravesada por diferentes estrategias que vinculan intereses propios de las instituciones que financian y los criterios de aceptación en revistas indexadas, entre otros. De modo que los artículos dicen muchas cosas sobre la investigación, pero también callan otras (cfr. Knorr Cetina, 2005: 224), (cfr. Kreimer, 2009: 102- 104).

Puntualmente, Pablo Kreimer llama la atención sobre el hecho de que “aquella investigación que no pueda ser objeto de un artículo público (es decir *hacerse pública*, y tener chances de ser aceptada por una revista más o menos especializada en la temática en la cual el grupo de investigación se encuentra trabajando), no es que pierde su valor determinado para los actores del campo científico en cuestión (pares, autoridades de las agencias financiadoras, autoridades de las universidades y otras instituciones relevantes, etc.): simplemente no existe” (Kreimer, 2009: 109).

¹⁰ Ver “Documento Conceptual del Modelo de Medición de Grupos de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación” (República de Colombia, Departamento administrativo de Ciencia, Tecnología e innovación, Colciencias, 2013).

¹¹ El Comité Interno de Asignación de Puntaje de la Universidad de Antioquia (de acuerdo con el decreto 1279 de 2002), asigna quince (15) puntos salariales a la publicación de un artículo en una revista A1, mientras que solo da ocho (8) puntos a un capítulo de libro de investigación y seis (6) a un capítulo de libro de ensayo o de texto (Universidad de Antioquia, 2013: 11-13).

¹² En este sentido, Pablo Kreimer afirma que “muchos investigadores de las ciencias sociales han defendido en los últimos años el predominio del *paper* como forma privilegiada de manifestar los resultados de las investigaciones, por sobre los libros. Y muchos de quienes sostienen esta posición suelen ejercer el liderazgo en diversos campos académicos e, incluso, en muchos programas de doctorado de ciencias sociales se estimula a los estudiantes para que sus tesis de doctorado consten de un conjunto de artículos relativamente cortos, con los requisitos como para ser aceptados por las revistas internacionales de referencia en cada campo. Sin embargo, en términos cognitivos, la estructura del *paper* y la de un libro son radicalmente diferentes: en un artículo es posible desarrollar una idea, o un puñado de ideas, y/o mostrar la evidencia empírica que la/s sostiene. Pero por lo general resulta imposible presentar una teoría novedosa, que abarque

indexación de las revistas de ciencias experimentales y del campo de la salud¹³. “Publicas (en revistas indexadas), luego existes”, entonces ¡Hay que publicar, hay que publicar más!” parece ser la frenética consigna. Marina Garcés, en el texto titulado “La estandarización de la escritura. La asfixia del pensamiento en la academia actual”, luego de retomar el reconocido lema de “publicar o morir”, advierte que “en los campos ‘de letras’, podríamos variar los términos de la alternativa: ‘¿Escribes o publicas?’ Sería el chiste que retrata la situación dramática de tantos ‘académicos’, no sólo filósofos, que deben optar entre escribir para publicar dentro del marco establecido para ello o escribir lo que realmente necesitan pensar” (Garcés, 2013: 33-34).

Si bien es cierto que, después de todo, las ciencias humanas siguen siendo espacios fecundos para la pluralidad narrativa, ensayística y de otras formas discursivas -que no necesariamente equivalen a las estructuras y sintaxis del artículo científico-, las condiciones y los tiempos en los que se plantea la financiación de las investigaciones, los criterios exigidos para que un grupo de investigación se registre, adquiera un puesto en el escalafón y, en definitiva, exista para Colciencias (que cada vez más equivale a mantener con vida al grupo dentro de la institución), así como los criterios de arbitraje e indexación de las revistas, parecieran impulsar la escritura en ciencias humanas hacia la homogenización y estandarización. Pues bien, uno de los propósitos de este trabajo es argumentar que esto no es del todo así, dado que allí mismo, en el terreno del discurso, en donde las relaciones de poder y saber parecieran “cerrar” la producción en aras de la homogeneidad, allí mismo acontece la posibilidad de una resistencia que es creación, movimiento y fuerza, impulso hacia la renovación o, al menos, hacia otras alternativas.

Ciencias humanas: ¿una sola racionalidad, una sola escritura?

“¿Debemos juzgar a la razón? A mi modo de ver nada sería más estéril. En primer lugar porque este ámbito nada tiene que ver con la culpabilidad o la inocencia. A continuación porque es absurdo invocar la ‘razón’ como entidad contraria a la no razón. Y por último porque semejante proceso nos induciría a engaño al obligarnos a adoptar el papel arbitrario y aburrido del racionalista o del irracionalista”

Michel Foucault (1990: 96-97)

La denominación de ciencias humanas, en palabras de George Marcus y Michael Fisher, “es más amplia e incluyente que la tradicional de ‘ciencias sociales’”, en la cual “se

cuestiones antes no abordadas o, más aún, que ponga en cuestión los marcos analíticos más corrientes. Esto último requiere de un desarrollo conceptual, analítico, metodológico y aún empírico mucho mayor, y es difícilmente resumible en unas veinte páginas” (Kreimer, 2011: 73).

¹³ Por ejemplo, la estructura generalizada del artículo científico -sintetizada en la sigla IMRAD (Introduction, Methods and Materials, Results, and Discussion: Introducción, materiales y métodos, resultados y discusión)-, proviene del Comité Internacional de Editores de Revistas Médicas (ICMJE).

impugna sobretodo el afán de organizar las disciplinas en marcos abstractos generales que abarquen y guíen todos los esfuerzos de investigación empírica” (Marcus y Fisher, 2000: 27). Desde luego, este afán responde a una búsqueda de estatus científico en el marco de la Modernidad occidental, y nos remite a la emergencia de estas ciencias en el siglo XIX. Óscar Almario, afirma que para aquella época:

“ya el paradigma racionalista estaba en desarrollo como ciencia positiva y apuntalaba el proyecto político, social y económico de la modernidad. Esto marcó los principios de autoridad y estableció regímenes de verdad, que permiten comprender por qué las ciencias sociales y humanas encontraron en el paradigma positivista el primer molde y la referencia básica para desarrollarse, lo que generalmente llevó a la fragmentación y reducción de la complejidad de la dimensión humana y sus niveles de análisis” (Almario, 2008: xvi).

Esto coincide, según Wolf Lepenies, con la crisis del romanticismo, que “ya había sido una reacción contra la conversión en ciencia y la politización de la literatura por parte de los *philosophes* del período de la ilustración; ahora regresaba el péndulo en su oscilación y por lo menos una parte de quienes rompían con el romanticismo se volvieron esclavos de la fe en la ciencia” (Lepenies, 1994: 78). En este contexto, se produce, entonces, la voluntad de separar taxativamente discurso científico y discurso literario. El primero no podía ya embelesarse con formas artificiosas, sino que debía representar fielmente sus referentes; es decir, era ahora su menester producir un tipo de escritura que no adornara (disfrazara), sino que reflejara los objetos que las ciencias estudiaban. De modo que los textos de la academia debían atender a criterios “naturalistas”, y “no retóricos” (cfr. Lepenies, 1994: 11). Este desprecio por la retórica- y su asociación con el artilugio, el disfraz y la falsedad- tiene una larga tradición en occidente¹⁴.

Desde esta óptica, el lenguaje vendría a ser el *ropaje de la verdad*, una verdad que el investigador debería esforzarse en captar en su forma más pura, más *desnuda*, una que debería pronunciarse sin ornamentos, ni accesorios retóricos. De ahí la concepción del conocimiento como develación, como un meticuloso proceso que consistiría en quitar los disfraces en los que el lenguaje envuelve la verdad. Tal vez, en esta perspectiva, pueda entenderse el recelo que, de acuerdo con Hans Blumenberg, se despliega en torno al discurso verbal; no en vano, este mismo autor plantea que “si Protágoras hubiese podido comunicar sus pensamientos de otro modo que con el lenguaje, por ejemplo con la mirada, no habría puesto ni una sola palabra en sus labios” (Blumenberg, 2003: 116).

Este tipo de vínculo entre realidad, representación y lenguaje en el que el acceso al conocimiento es entendido como develación, ha gozado de una posición privilegiada en la

¹⁴ La “nueva retórica” consiste en una revaloración de la retórica en tanto que teoría de la argumentación; en este sentido, Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca afirman que “debemos sublevarnos contra esta concepción que se encuentra en el origen de la degeneración de la retórica, de su esterilidad, de su verbalismo y del desprecio que ha inspirado finalmente. Nos negamos a separar, en el discurso, la forma del fondo, a estudiar las estructuras y figuras de estilo independiente del objetivo que deben cumplir en la argumentación” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 231).

configuración epistémica de la Modernidad. No obstante, la idea de que el lenguaje científico constituye el instrumento autorizado para operar el reflejo preciso, objetivo y directo de la realidad, y de este modo captar la esencia de las cosas, es susceptible de cuestionamiento. Que en el siglo XX la ciencia se encontrara con que aquello que había nombrado anteriormente como *átomo* (a =sin, tomo=división)¹⁵ fuera, efectivamente, “divisible”, es prueba de ello. Más que un error que la ciencia contemporánea tuviera que corregir, lo que esto nos muestra es, más bien, que la línea que conecta *las palabras y las cosas* no es directa ni continua, y que los trazos que se dibujan en el recorrido entre unas y otras dejan ver diversos movimientos en los órdenes del discurso científico.

Ninguna lengua tiene el poder de asir absolutamente o esencialmente las cosas que pretende representar, de modo que el vínculo entre las palabras y las cosas es siempre aproximativo; es el vínculo del infinito rodeo (cfr. Blumenberg, 2001: 108-109). Esta idea es compartida por José Luis Pardo cuando dice: “no hubo jamás una situación de partida, desviación de grado cero entre palabras y objetos, en la que cada cosa respondiese a su nombre y hubiera un nombre para cada cosa; en su misma esencia, el lenguaje funciona, y deja hueco a la creación y al pensamiento, precisamente porque esa situación de equilibrio contable es imposible” (Pardo, 2004: 8)¹⁶.

Lo anterior sugiere la procedencia de una posición en la que la relación entre lenguaje y realidad no es diáfana sino, más bien, una relación marcada por la opacidad y la imprecisión, que no refleja directamente las cosas. En efecto, así lo plantea Friedrich Nietzsche en el texto “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”, escrito en 1873, cuando advierte que “la cosa en sí (esto sería justamente la verdad pura y sin consecuencias) es también totalmente inaprehensible” (Nietzsche, 1970: 549).

El ideal del reflejo puede captarse en la exhortación de estandarizar *la forma* del artículo académico de tal modo que no quede en él lugar para accesorios discursivos que confundan al lector en el camino de encuentro con *el contenido*. Se trata de un divorcio entre forma y contenido, en el que el lenguaje es asumido como *medio para* apropiarse del mundo y comunicarse (en la acepción de intercambio de información) de manera eficaz, y el texto constituye un *producto*. Tal es la racionalidad de este régimen, pero vale la pena problematizar el papel que cumplen algunos elementos en su interior. El lenguaje, por citar uno de ellos, no puede considerarse sólo como medio ya que constituye todo un sistema de creación y elaboración, y la lengua -mucho más que un instrumento para la comunicación- es, ante todo, la configuración de una realidad simbólica en la que están implicadas día a día complejas relaciones de saber, poder y resistencia.

De manera que no hay una sola forma de racionalidad¹⁷, por más que el régimen de verdad oficial -cuyas condiciones de posibilidad de orden histórico y político erigieron como

¹⁵ La palabra átomo proviene del latín *atōmum*, y este del griego ἄτομον (Real Academia Española, 2001).

¹⁶ Clifford Geertz lo dirá de la siguiente manera: “La curiosa idea de que la realidad tiene un dialecto en el que prefiere ser descrita, de que por su propia naturaleza exige que hablemos de ella sin vaguedades –lo que es, es; una rosa es una rosa-, ilusión, engaño o autoembobamiento, conduce a la aún más curiosa idea de que, perdido el literalismo, el hecho también desaparece” (Geertz, 1997: 150).

¹⁷ De modo que este no es un cuestionamiento a la razón en abstracto porque, como dice Michel Foucault, “los que se resisten o se rebelan contra una forma de poder no pueden satisfacerse con denunciar la violencia

hegemónica- pretenda detentar la suya. Ahora bien, si no hay un solo modo de razonar, no puede haber un solo modo de escribir. Esto, en tanto entendamos que la escritura no constituye una etapa posterior al proceso de pensamiento, como si quien investiga escribiese para informar aquello que ha pensado previamente.

Alguien hace una investigación y entonces la narra, la cuenta, la escribe, pero esta experiencia no existe por fuera de tal puesta en narrativa; es allí, en ese terreno en el que la experiencia tiene lugar como acontecimiento en una operación mimética¹⁸ que abre lo ficcional¹⁹. Esta mimesis implica la entrada en escena de una trama, y con ella, la de una narrativa que da secuencialidad y temporalidad al discurso. Desde esta perspectiva, afirma Paul Ricoeur que “el desarrollo personal en el flujo del tiempo expresa un conjunto de narraciones retrospectivas que se proyectan en el presente y en los posibles escenarios futuros” (2006: 144).

Cuando damos vida a un texto ponemos en juego diferentes racionalidades. El acto de pensar es un acto creativo y recursivo que implica la activación de racionalidades indiciales²⁰ (Ginzburg, 1994), analógicas, literarias, simbólicas (cfr. Knorr Cetina, 2005) y argumentativas (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989). En suma, dar vida a un texto, ya lo veremos más adelante, es un acto complejo de producción y creación.

Esta pregunta por los textos académicos podría emparentarse con investigaciones de corte lingüístico y discursivo en las que la “escritura académica” se plantea como objeto de estudio. Pero este trabajo se diferencia de dichas investigaciones en la medida en que no pretende explicar la escritura académica en tanto que “objeto dado”, sino, más bien, busca problematizar el régimen en el que esta emerge y la voluntad de verdad que lo impulsa.

Es decir, este estudio responde a un interés genealógico²¹ que encara la comprensión de un juego de saber y poder y, con ello, nos permite desnaturalizar el régimen en cuestión,

o criticar una institución. No basta con denunciar la racionalidad en general. Lo que hace falta volver a poner en tela de juicio es la forma de racionalidad existente” (Foucault, 1990: 139).

¹⁸ Para Paul Ricoeur, el concepto de mimesis “nos recuerda que ningún discurso puede suprimir nuestra pertenencia a un mundo. Toda mimesis, incluso creadora, sobre todo creadora, se sitúa en el horizonte de un ser en el mundo al que ella hace presente en la medida misma en que lo eleva a *mythos*. La verdad de lo imaginario, el poder de detección ontológica de la poesía, es precisamente lo que yo veo en la mimesis de Aristóteles” Ricoeur (2001: 65).

¹⁹ *Mimesis II*, de acuerdo con Paul Ricoeur.

²⁰ Carlo Ginzburg afirma que distintos saberes y disciplinas sobre lo humano (entre los que hace contar la medicina, la identificación de la letra manuscrita y la literatura policial), antes del impulso cientificista del siglo XIX, compartían un paradigma “cinegético, adivinatorio, indicial o sintomático. Está claro que esos adjetivos no son sinónimos, aunque remitan a un modelo epistemológico común [...] estaban unidas por un sutil parentesco: todas ellas nacían de la experiencia, de la experiencia concreta. Este carácter concreto constituía la fuerza de tal tipo de saber” (Ginzburg, 1994: 155) del que participan elementos imponderables tales como el olfato, el golpe de vista y la intuición (1994: 163).

²¹ En este punto, parto de los planteamientos de Foucault (1992, 2000), condensados en la siguiente cita: “La genealogía [es], con respecto al proyecto de una inscripción de los saberes en la jerarquía de poder propia de la ciencia, una especie de empresa para romper el sometimiento de los saberes históricos y liberarlos, es decir, hacerlos capaces de oposición y lucha contra la coerción de un discurso teórico unitario, formal y científico. La reactivación de los saberes locales –menores diría acaso Deleuze- contra la jerarquización científica del conocimiento y sus efectos de poder intrínsecos es el proyecto de esas genealogías en desorden y hechas

interrogar la idea de que en el campo académico exista una sola forma de escritura (“verdadera”, “pura”) y, por lo tanto, una sola manera válida de producir conocimiento. Al mismo tiempo, el análisis del juego discursivo nos ayuda a no perder de vista la fuerza de sus estrategias y su configuración en dispositivos que no están totalmente cerrados, pues se pueden apreciar fugas en sus intersticios a partir de una lectura que se acerca y toma distancia con los matices necesarios. De ahí que no interese rastrear la escritura académica *verdadera*, o la *esencia* de la escritura académica, sino, más bien, la voluntad de verdad que sobre la escritura este régimen pretende propinar.

Ahora bien, nociones como “poder” y “resistencia”, podrían acoplar esta investigación con trabajos decoloniales y feministas. En este sentido, Arturo Escobar, basado en los argumentos del antropólogo surafricano Archie Mafeje (2001), plantea que varios de los grandes críticos acerca de la necesaria posicionalidad política del académico, al no cuestionar sus *formas* propias de producir conocimiento –y de escribir, agregaría yo– “terminaron siendo unos ‘rebeldes conservadores’ que reprodujeron la academia” (Escobar, 2005: 240).

En efecto, aun cuando se ha planteado el hecho de que algunas tendencias del feminismo han conseguido poner en cuestión los cánones de producción de conocimiento en las ciencias humanas (cfr. Escobar, 2005: 241 / Grosfoguel, 2006: 21-22), Clifford y Marcus (1991: 51-52), quienes han abordado de manera más directa el problema de las *retóricas de la antropología*, afirman que la escritura feminista, “no ha producido formas de expresión lingüística y literaria anticonvencionales”. Al parecer, del juego en que se mueven las formas discursivas de escritura no consiguen liberarse aún del todo ni siquiera los/las autores/as inscritos en corrientes críticas deconstructivas, decoloniales y feministas.

Entre unas otras posturas todavía es posible apreciar la figura del investigador de las ciencias humanas como escritor, quien en sus textos abre espacios fronterizos para el pensamiento y la pasión, para la emergencia de mundos posibles, que tanto artistas como científicos requieren imaginar-habitar para comprender los problemas con los que se encuentran en sus campos.

Un juego discursivo de saber, poder y resistencia.

“El gran juego de la historia, es quién se amparará de las reglas, quién ocupará la plaza de aquellos que las utilizan, quién se disfrazará para pervertirlas, utilizarlas a contrapelo, y utilizarlas contra aquellos que las habían impuesto; quién, introduciéndose en el

añicos” (Foucault, 2000: 23-24). Así, este trabajo se inspira en la idea de genealogía como “insurrección de los saberes sometidos” planteada por Foucault (2000: 20-21), quien entiende los *saberes sometidos* desde dos perspectivas. En la primera de ellas se ubican aquellos contenidos históricos que fueron “sepultados, enmascarados en coherencias funcionales o sistematizaciones formales”. En la segunda orientación se encuentran, de acuerdo con el mismo autor, aquellos saberes que han sido “descalificados como saberes no conceptuales”, “insuficientemente elaborados”, “jerárquicamente inferiores”, “por debajo del nivel del conocimiento o de la científicidad exigidos”.

complejo aparato, lo hará funcionar de tal modo que los dominadores se encontrarán dominados por sus propias reglas”

Michel Foucault (1992: 18)

El juego de la escritura académica, como cualquier juego, posee reglas y ordenamientos concretos, en cuyas relaciones se “reverbera una verdad”²². No hay, necesariamente, un orden para todos los discursos, pero en cada discurso hay siempre un orden, que es planteado, en el prefacio de *Las palabras y las cosas*, como una especie de red según la cual se miran unas cosas con otras, un orden silencioso de relaciones que “no existe a no ser a través de la reja de una mirada, de una atención, de un lenguaje” (Foucault, 2010: 13). Tomar distancia de determinado orden del discurso, *desnaturalizarlo*, quitar su “transparencia inicial” permite comprender que “estos órdenes no son los únicos posibles ni los mejores” (2010: 14). En *El orden del discurso*, Foucault nos dirá:

“Si uno se sitúa en el nivel de una proposición, en el interior de un discurso, la separación entre lo verdadero y lo falso no es ni arbitraria, ni modificable, ni institucional, ni violenta. Pero si uno se sitúa en otra escala, si se plantea la cuestión de saber cuál ha sido y cuál es constantemente, a través de nuestros discursos, esa voluntad de verdad que ha atravesado tantos siglos de nuestra historia, o cual es en su forma general el tipo de separación que rige nuestra voluntad de saber, es entonces, quizá, cuando se ve dibujarse algo así como un sistema de exclusión (sistema histórico, modificable, institucionalmente coactivo)” (Foucault, 2005: 19).

Esto implica entender el discurso como acontecimiento y no simplemente como un asunto lingüístico que pueda o no hacerse coherente con las prácticas, porque un discurso, desde esta perspectiva, es en sí mismo una práctica²³. Aquí es importante asumir la imagen del juego no como una estructura dada o como un sistema con significaciones previas al acontecimiento discursivo. Porque el análisis de juegos discursivos no consiste en hacer que el mundo nos muestre “su cara legible que no tendríamos más que descifrar” (Foucault, 2005: 53); tampoco en encontrar una significación oculta, un sentido originario, un fondo.

²² Asumo el concepto de verdad, tal y como es planteado por Foucault en la entrevista con M. Fontana, registrada en el texto “Verdad y poder” (1992: 175-189), que hace parte del libro *Microfísica del poder*. A continuación, cito algunos apartes de dicha entrevista relacionados con la verdad: “Una vez más entiéndase bien que por verdad no quiero decir ‘el conjunto de cosas verdaderas que hay que descubrir o hacer aceptar’, sino ‘el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se ligan a lo verdadero efectos políticos de poder’; se entiende asimismo que no se trata de un combate ‘a favor’ de la verdad sino en torno al estatuto de verdad y al papel económico-político que juega” (p. 188). “Por ‘verdad’, entender un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados. La verdad está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan” (p. 188). “No se trata de liberar a la verdad de todo sistema de poder –esto sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder– sino de separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento” (p. 189).

²³ Michel Foucault plantea que los discursos son “prácticas discontinuas que se cruzan, a veces se yuxtaponen, pero que también se ignoran o se excluyen” entre sí (Foucault, 2005: 53).

Pero cuando hablamos de juegos de saber y poder, lo hacemos desde una óptica en la que el segundo no cumple un papel meramente restrictivo, sino también impulsador y productivo. Las relaciones de poder tienen lugar en tanto constantemente nos vemos involucrados en situaciones en las que se intenta, de un lado u otro, conducir la conducta de los demás y, en función de ello, se ponen en marcha –no siempre conscientemente– juegos estratégicos. De este modo, asumimos que el poder no es algo que posea un alguien de “alto mando” (en este caso Colciencias, o las áreas administrativas de investigación) como si fuera una propiedad u objeto que usa para generar una represión sin salida sobre otro sujeto, sino más bien, lo entendemos como formas de relaciones productivas que son móviles e inestables (cfr. Foucault, 1994: 405).

Estas relaciones productivas implican las relaciones de saber²⁴, “si el poder no es una simple violencia, no sólo es porque en sí mismo pasa por categorías que expresan la relación de la fuerza con la fuerza (incitar, inducir, producir un efecto útil, etc.) sino también porque, en relación con el saber, produce verdad, en la medida en que hace ver y hace hablar. Produce lo verdadero como problema” (Deleuze, 1987: 112).

Bajo este argumento de que el poder no siempre es negativo o represor, Foucault propone lo siguiente:

“Si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo –esto comienza a saberse– y también a nivel del saber. El poder, lejos de estorbarle al saber, lo produce. Si se ha podido constituir un saber sobre el cuerpo, es gracias al conjunto de una serie de disciplinas escolares y militares. Es a partir de un poder sobre el cuerpo como un saber fisiológico, orgánico ha sido posible” (Foucault, 1992: 107).

Si bien las relaciones de poder tienden a reproducir ciertas reglas sobre lo que un régimen de verdad considera “normal”, frente a este papel normalizador siempre está la posibilidad creativa de la resistencia para mover, desinstalar, y transformar estas reglas, y con ello crear y mantener con vida diferentes tensiones que, a su vez, evitan que las relaciones de poder se fijen y se perpetúen. Es también desde esta perspectiva que Foucault (1992: 170) plantea que el hecho de “que no se pueda estar ‘fuera del poder’ no quiere decir que se está de todas formas atrapado”.

En esta vía, cuando nos referimos a las tensiones tampoco lo hacemos como si se tratase de obstáculos, sino todo lo contrario, la aparición de una tensión es señal de que las relaciones

²⁴ “Si bajo el saber no existe una experiencia originaria libre y salvaje, como desearía la fenomenología, es porque el ver y el hablar siempre están ya totalmente inmersos en relaciones de poder que ellos suponen y actualizan” (Deleuze, 1987: 111-112).

de poder se movilizan y sufren transformaciones, señal de que hay resistencia²⁵. Así, mientras haya relaciones de poder, habrá resistencias; en este sentido, Foucault (1992: 171) dice que éstas “son más reales y eficaces cuando se forman allí mismo donde se ejercen las relaciones de poder; la resistencia al poder no tiene que venir de afuera para ser real, pero tampoco está atrapada por ser la compatriota del poder. Existe porque está allí donde el poder está: es pues como él, múltiple e integrable en estrategias globales”.

Por este motivo, la resistencia no consiste en una operación reactiva que se oponga en bloque a determinada relación de poder; la resistencia es, más bien, una forma de trastocar sagazmente las reglas de un juego de saber-poder, que parte de la mirada crítica que ha seguido al detalle la compleja red de estrategias que compone dicho juego, y que por lo tanto no se plantea totalmente por fuera de éste, para conseguir trastocarlo. De modo que no cualquier conducta que se oponga a un mecanismo de poder puede llamarse resistencia.

Lo anterior requiere, por tanto, de la emergencia de ciertas condiciones de posibilidad; la resistencia no se produce en el aire, ella se enmarca en una serie aleatoria de acontecimientos, que además fija sus límites. La comprensión de las condiciones de posibilidad permite considerar cada acontecimiento con la serie de la cual hace parte (Foucault, 2005: 53,55), y que lo convoca a ser como es. Esta comprensión no está basada en una relación causa-efecto, sino en una lectura que hace posible “establecer series entrecruzadas, divergentes, pero no autónomas”, que permiten, como ya fue acotado anteriormente, “circunscribir el ‘lugar’ del acontecimiento, los márgenes de su azar, las condiciones de su aparición” (Foucault, 2005: 53,56).

Como podemos ver, el discurso es un terreno fecundo para el poder y la resistencia, “no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault, 2005: 15). En esta vía, la noción de dispositivo articula las nociones de poder, saber y resistencia, como una red de relaciones de formación histórica, en la que tanto lo dicho como lo no dicho se inscriben en determinado orden del discurso. Desde esta perspectiva, Gilles Deleuze plantea que el dispositivo es

“[...] una especie de ovillo o madeja, un conjunto multilineal. Está compuesto de líneas de diferente naturaleza y esas líneas del dispositivo no abarcan ni rodean sistemas cada uno de los cuales sería homogéneo por su cuenta (el objeto, el sujeto, el lenguaje), sino que siguen direcciones diferentes, forman procesos siempre en desequilibrio y esas líneas tanto se acercan unas a otras como se alejan unas de otras” (Deleuze, 1995: 155).

Ver un dispositivo, vendría a ser desenmarañar sus hilos, cartografiar el espacio de una dispersión, dibujar el mapa de un terreno desconocido, cruzado por una multiplicidad de conexiones íntimas entre saber y poder; los dispositivos son “máquinas para hacer ver y

²⁵ Edgar Garavito (1999: 316) reafirma esta idea cuando dice que “cada día se forman nuevos hábitos, pero también cada día participamos en nuevos actos de resistencia y de creatividad, así sea una manera de jugar, de hablar o de caminar. Hay un pesimismo mórbido al decir que los poderes impedirán la creatividad. Ningún poder, por despótico que sea podrá jamás impedir la creatividad minoritaria”.

hacer hablar” (Deleuze, 1995: 155). Además de establecer la dispersión del poder a través de una multiplicidad de estrategias, el dispositivo describe la producción de modos de subjetivación a partir de determinadas técnicas (cfr. Moro, 2003: 37-38).

Para seguir con la metáfora del ovillo, los dispositivos siempre cuentan con hilos de luz (que distribuyen lo visible y lo invisible), de enunciación (marcan lo decible, y por lo tanto lo pensable, dentro del dispositivo), de fuerza (tensionan el poder dentro del dispositivo) y de subjetivación²⁶. Estos últimos hilos no corresponden a la reproducción radical de una subjetividad conforme a los efectos de poder y saber de las relaciones entre los otros hilos del dispositivo. Más bien, los hilos o líneas de subjetivación bordean el dispositivo, tienen la posibilidad de plegar el *afuera* dentro de éste; y, por esta razón, son también la posibilidad de escape, de fuga, de fractura y, en últimas, de resistencia (cfr. Deleuze, 1995: 156-157).

Lo anterior da pie para afirmar que no hay coerción absoluta si se encuentra una salida diferente a las que están taponadas por el poder, toparse con éstas detona la creatividad y la inventiva para encontrar una forma de fuga para respirar, cuando se experimenta la asfixia del *adentro* del dispositivo, para desplegar la vida. Es cierto que “las relaciones de poder pueden penetrar materialmente en el espesor mismo de los cuerpos” (Foucault, 1992: 156), pero también lo es el hecho de que los mismos cuerpos tienen la posibilidad de convertirse en lugares de resistencia.

Reglas para una escritura *normal*

“El demagogo está conducido a la negación del cuerpo con el fin de establecer la soberanía de la idea intemporal; el historiador está conducido a borrar su propia individualidad para que los otros entren en escena y puedan tomar la palabra”

Michel Foucault, (1992: 23)

“Diferentes, los cuerpos son todos algo deformes. Un cuerpo perfectamente formado es un cuerpo molesto, indiscreto en el mundo de los cuerpos, inaceptable. Es un diseño, no un cuerpo”

Jean-Luc Nancy (2007: 21)

²⁶ “Si las combinaciones variables de las dos formas, lo visible y lo enunciable, constituyen los estratos o formaciones históricas, la microfísica del poder expone, por el contrario, las relaciones de fuerzas en un medio formal y no estratificado [*estratégico*]” (Deleuze, 1987: 113).

Michel Foucault dedica el texto “La vida: la experiencia y la ciencia” a Georges Canguilhem, y a su manera de hacer historia de las ciencias, basada no en una acumulación de información, no en un acervo de lo dicho frente a las ciencias desde una erudición historiadora, sino en una relación con la discontinuidad (cfr. Foucault, 1995: 12). Esta manera de “historiar” no pretende denunciar –desde los presupuestos de lo que un discurso científico actual valoraría como cierto, correcto o verdadero—que determinado régimen de saber y poder incurrió en un error, como si la ciencia ahora sí tuviera la verdad absoluta, que se ha ido depurando gradualmente en una progresión lineal, en una sucesión continua, en un justo desarrollo.

Antes bien, esta historia de las ciencias, lo que pretende encontrar en cada discurso es el “proceso normado” dentro del cual algo es “normal” o “anormal”; analizar las condiciones de posibilidad de cada discurso y, desde ahí, comprender qué no le era *posible* ver (porque las líneas de luz estaban puestas sobre otras regiones), enunciar (porque el pensamiento discurría por otros espacios) y, por lo tanto, saber. De acuerdo con lo anterior, se abre la pregunta: ¿Qué es aquello que se asume como *normal* en el discurso de la escritura académica?²⁷

En esta vía, no solo es normal, sino además indispensable, la voluntad de ocultamiento de la experiencia en la escritura. Quien escribe debe, lo dirá Michel Foucault acerca de lo impuesto al historiador, “hacer callar sus preferencias y superar sus aversiones, desdibujar su propia perspectiva para sustituir una geometría ficticiamente universal, imitar la muerte para entrar en el reino de los muertos, adquirir una cuasiexistencia sin rostro y sin nombre” (Foucault, 1992: 23).

En aras de alcanzar tal *geometría universal*, el texto debe ocultar cualquier filiación corporal. Desde esta perspectiva, el enunciador se planta, cual narrador omnisciente, en un lugar desde el cual tiene el poder de observar, mientras él mismo no puede ser observado. De acuerdo con Santiago Castro-Gómez (2005: 27), el sujeto “supone la adopción de un punto de vista fijo y único, es decir la adopción de una mirada soberana que se encuentra fuera de la representación [...] la perspectiva, en suma, otorga la posibilidad de tener un punto de vista sobre el cual no es posible adoptar ningún punto de vista”. Este mismo autor (2005: 27), retomando a Mignolo, plantea una analogía con la cartografía europea, que hasta el siglo XVI admitía la coincidencia del centro geométrico con el centro étnico; es decir, era posible para un pueblo representar el espacio asumiéndose como su centro, lo cual permitía, al observar un mapa, conocer el lugar desde el cual se representaba el mundo en éste. Sin embargo, con el descubrimiento de América, inicia la matematización de la perspectiva y “los cartógrafos y navegantes europeos, dotados ahora de instrumentos precisos de medición, empiezan a creer que una representación hecha desde el centro étnico es precientífica, pues queda vinculada a una particularidad cultural específica. La representación verdaderamente científica y ‘objetiva’ es aquella que puede abstraerse de su lugar de observación y generar una ‘mirada universal’ sobre el espacio” (Castro-Gómez, 2005: 27).

²⁷ O, en palabras de Perelman y Olbrechts-Tyteca, (1989: 252-258) ¿Qué es lo normal que se convierte en normativo?

A este lugar epistémico de la producción de conocimientos Santiago Castro-Gómez da el nombre de “la hybris del punto cero”. Desde esta lógica, los saberes toman un lugar en los niveles del *desarrollo* cual escalera “que va desde lo tradicional hasta lo moderno, desde la barbarie hasta la civilización, desde la comunidad hasta el individuo, desde la tiranía hasta la democracia, desde lo individual hasta lo universal, desde oriente hasta occidente” (Castro-Gómez, 2005: 28). En esta imagen del *desarrollo* como escalera unos producen teoría y otros la siguen o la aplican²⁸. En los más altos peldaños están los modelos teóricos de carácter universal. Así, los resultados legítimos de investigación serán aquellos que provengan de la aplicación de un método validado en la cúspide, nunca en la experiencia del sujeto (que no tiene una inscripción cronológica definida), por más que se sospeche que, en el fondo, es decisiva en la percepción y la comprensión de los problemas planteados.

Cuando menciono la noción de *experiencia* no me refiero a esta como “experimento” o como un tipo de constatación empírica, tampoco como vivencia que reafirma la identidad del sujeto. Aludo, más bien, a una experiencia como acontecimiento límite que transforma y descentra al sujeto de la enunciación, que lo “desubjetiva” (cfr. Foucault, 2009: 11-12), como condición necesaria de la producción de un saber²⁹ que se funde con lo ético-estético; Se trata de, en palabras de Michel Foucault, la “transformación de uno mismo por el propio conocimiento [...] algo cercano a la experiencia estética. ¿Para qué pintaría un pintor sino para ser transformado por su propio trabajo?” (Foucault, 2009: 97).

En contraste, el régimen de verdad sobre la escritura académica dictamina que un texto debe ceñirse a informar los resultados de un proceso de conocimiento que separó asépticamente al sujeto del objeto, para evitar contactos contaminadores entre uno y otro. En suma, las reglas para una escritura “normal” apuntan a la universalidad y la neutralidad y no a los devaneos estéticos de la experiencia.

De este modo, Karin Knorr Cetina plantea que “hoy es casi un lugar común decir que los científicos escriben en un lenguaje que es ostentadamente neutral. Los estudios de los textos científico ponen de manifiesto estrategias comunes, como el uso de un lenguaje simple, la separación de la ‘información’ respecto de la interpretación, el uso de la voz pasiva y del ‘nosotros’ regio, la reduplicación (en el sentido de ofrecer las dos campanas de un argumento) y la evitación de enunciados de valor explícitos” (Knorr Cetina, 2005: 225).

De otro lado, es preciso que la escritura alcance el mayor grado de claridad posible, y ello empieza, también, por el mismo título del texto. En tanto el compromiso del académico es,

²⁸ Se trata de una relación en la que teoría y práctica se encuentran escindidas, y la primera ilumina la segunda. Bernard Lahire plantea que en el campo sociológico “la mejor estrategia para ser identificable y construirse una identidad, consiste en la estabilización y etiquetamiento de un modelo. Si se quiere dar un paso más y acceder a un mayor éxito social, la estandarización vendrá, para colmo de males, acompañada por un proceso de simplificación”. Así, el triunfo académico está garantizado por la formulación de modelos teóricos que generen adeptos que la apliquen. Es la apropiación de “la teoría como un encolumnamiento” (Lahire, 2006: 90).

²⁹ Según Michel Foucault, en la Grecia antigua no era posible llegar a *saber* sin la transformación del sujeto (cfr. Foucault, 2001: 33). Para ello era necesario poner en marcha un conjunto de *prácticas de sí* Foucault (1991: 61-63). Este mismo autor afirma que “mucho antes de Platón, mucho antes del texto de Alcibiades, mucho antes de Sócrates, había, por decirlo así, toda una tecnología de sí que estaba en relación con el saber” (2001: 59).

ante todo, un compromiso con la verdad, ésta debe presentarse clara, para lo cual será necesario evadir a toda costa las figuras retóricas puesto que tienden a la ambigüedad, la imprecisión, y oscurecen el contacto con lo verdadero. Aclarar (por oposición a oscurecer), constituye una de las acciones más importantes del proceso normado de la escritura académica.

En esta vía, el lenguaje que se use debe encontrar la máxima fidelidad con el referente, debe reflejar el objeto a cabalidad (ser objetivo), y la experiencia de quien escribe se convierte en un obstáculo que es preciso vencer. El hecho, en cambio, es *presencia* indiscutible que habla por sí sola. De ahí la relevancia asignada a los textos construidos rigurosamente sobre una base empírica³⁰, concretamente delimitada en el tiempo y el espacio.

El latido del texto

“Hay textos que giran sobre sí mismos: Escuchan. No son sólo los elegantes volúmenes de papiro grecolatinos, recogidos a la espera de un cálamo bien apuntado, ni los hipertextos que se arrollan hoy en nuestras pantallas informáticas, ni siquiera los códices que descansan sus páginas sobre los hierros dorados de su cubierta, tras poner a prueba sus nervios ante la mirada del lector, sino aquellos que se dan a leer como un apéndice simbólico de nuestra

³⁰ La clasificación de artículos llevada a cabo por el Sistema Nacional de Investigación, Colciencias, y su Índice Bibliográfico Nacional, Publindex, da cuenta de esta relevancia de lo empírico. En dicha clasificación, los textos son ordenados en una escala de mayor a menor asignación de puntaje -y esto tiene una incidencia directa en la indexación y escalonamiento de sus revistas. Para que una revista sea ubicada en la categoría más alta (A1), debe “haber publicado mínimo 13 artículos de los tipos i), ii) o iii) anualmente”. “i) artículo de investigación científica y tecnológica (“que presentan, de manera detallada, los resultados originales de proyectos terminados de investigación”); ii) de reflexión (“que presentan resultados de investigación terminada desde una perspectiva analítica, interpretativa o crítica”); iii) de revisión (“resultado de una investigación terminada donde se analizan, sistematizan e integran los resultados de investigaciones publicadas o no publicadas [...] Se caracteriza por presentar una cuidadosa revisión bibliográfica de por lo menos 50 referencias”); iv) artículo corto (“documento breve que presenta resultados originales preliminares de una investigación científica o tecnológica, que por lo general requieren de una pronta difusión”); v) reporte de caso (“presenta los resultados de un estudio sobre una situación particular con el fin de dar a conocer las experiencias técnicas y metodológicas consideradas en un caso específico. Incluye una revisión sistemática comentada de la literatura sobre casos análogos”); vi) revisión de tema (“resultado de la revisión crítica de la literatura sobre un tema en particular”); vii) cartas al editor (“posiciones críticas, analíticas o interpretativas sobre los documentos publicados en la revista”); viii) editorial (“documento escrito por el editor, un miembro del comité editorial o un investigador invitado sobre orientaciones en el dominio temático de la revista”); ix) traducción (“traducciones de textos clásicos o de actualidad o transcripciones de documentos históricos o de interés particular en el dominio de publicación de la revista”); x) documento de reflexión no derivado de investigación; xi) reseña bibliográfica; xii) otros”. Información tomada de la página: <http://scienti.colciencias.gov.co:8084/publindex/jsp/content/requisitos.jsp>

afectividad, escuchando los latidos más emboscados del cuerpo, aquellos que cifran los impulsos eclipsados de la carne y declaran furtivos sus embozos, sin lograr revelar su secreto”

Gabriel Aranzueque (2012: 23)

“Un cuerpo no está vacío. Está lleno de otros cuerpos, pedazos, órganos, piezas, tejidos, rótulas, anillos, tubos, palancas y fuelles. También está lleno de sí mismo: es todo lo que es”

Jean-Luc Nancy (2007: 13)

Mucho más que un almacén de datos e ideas, el texto es un cuerpo todo lleno de movimiento; palpita, circula, digiere, metaboliza, desecha. Escribir es permitir que la vida irrumpa, como condición de creación en el texto. Esto tiene importantes implicaciones no solo en nuestra concepción de lo textual y lo discursivo, sino también en la de saber y pensamiento.

En la configuración del cuerpo del texto académico la argumentación ocupa un papel determinante, no a partir de la idea clásica de demostración o desde la lógica formal que se limita al examen de los medios de prueba demostrativa. En esta línea, Chaïm Perelman plantea que “los razonamientos no son ni deducciones formalmente correctas ni inducciones que van de lo particular a lo general, sino argumentaciones de toda especie que pretenden ganar la adhesión de los espíritus a las tesis que se presentan a su asentimiento” (Perelman, 1997: 12).

En medio de una gran dispersión de elementos y acontecimientos de la experiencia investigativa, la argumentación opera de un modo selectivo, al elegir determinados elementos y darles forma y orientación para generar un efecto de *presencia* y *verosimilitud* en el lector, para ganar su adhesión. En su “Tratado de la argumentación”, Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca dicen al respecto:

“El seleccionar ciertos elementos y presentarlos al auditorio da una idea de su importancia y su pertinencia en el debate. En efecto, semejante elección concede a estos elementos una *presencia*, que es un factor esencial de la argumentación, que con demasiada frecuencia han descuidado las concepciones racionalistas del razonamiento” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 192)

Así, la argumentación tiene lugar cuando se consigue *dar presencia*, “mediante la magia del verbo, a lo que está efectivamente ausente y que [*se*] considera como importante para su argumentación, o valorizar, haciéndolos más presentes, ciertos elementos ofrecidos real y verdaderamente a la conciencia” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 193-194).

De un conjunto posible de elementos y formas, quien escribe elige solo algunos que, para dar corporalidad al texto, requerirán de articulación, coordinación y plasticidad, como potencias del movimiento del cuerpo que se forma ante los ojos de quien lee y, a la vez, del cuerpo del lector mismo, en la medida en que se adhiera o asienta a los argumentos del texto. *Mover* al lector, persuadirlo, convencerlo de que aquello que lee es cierto, es el cometido de una buena argumentación. En el campo de la antropología, Clifford Geertz devela este carácter persuasivo y retórico de la escritura del etnógrafo:

“La habilidad de los antropólogos para hacernos tomar en serio lo que dicen tiene menos que ver con su aspecto factual o su aire de elegancia conceptual, que con su capacidad para convencernos de que lo que dicen es resultado de haber podido penetrar (o, si se prefiere, haber sido penetrados por) otra forma de vida, de haber, de uno u otro modo, realmente ‘estado allí’. Y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura” (Geertz, 1997, p. 14). “Los etnógrafos necesitan convencernos [...] no sólo de que verdaderamente han ‘estado allí’, sino de que (...) de haber estado nosotros allí, hubiéramos visto lo que ellos vieron, sentido lo que ellos sintieron, concluido lo que ellos concluyeron” (Geertz, 1997, p. 26).

Ciertamente, hablamos del texto como un cuerpo, pero vale la pena agregar que se trata de un cuerpo vivo, y esta condición está dada por la posibilidad de tensión entre argumentación y *poiesis*³¹. Ahí, en el lugar de la tensión, se conforma, deforma y transforma la corporalidad del texto. Su deformación creativa está dada, pues, por la irrupción de la vida, por una *poiesis* que “agita el universo sedimentado de las ideas admitidas, premisas de la argumentación retórica. Esta misma ventana que abre lo imaginario perturba, a la vez, el orden de la persuasión, pues no se trata de zanjar una controversia como de engendrar una nueva convicción” (Ricoeur, 1997: 85). Aquí, el lenguaje se vale de la representación, pero lo hace de un modo diferente: “la *poiesis* del lenguaje procede de la conexión entre *mythos* y *mímesis*” (Ricoeur, 2001: 13). Lo anterior nos ofrece la idea de una producción discursiva en la que la convención consigue ser sacudida, agitada, desplazada.

Pero esta “agitación” no se produce, a fin de cuentas, por fuera del terreno de las superficies. La fuerza que da vida al texto no puede buscarse en un contenido desligado de la forma misma. En la búsqueda de las honduras, parafraseando a Francois Dagognet, lo fenomenológico tiende a descuidar las superficies, pretende ir a lo más profundo del cuerpo humano, pero ignora que en la superficie, en la epidermis, es donde yace la profundidad (cfr. Dagognet 2001: 41).

³¹ *Poiesis* como elemento vivificador, como producción y creación. Lo que pretendo plantear aquí es que no solo hay *poiesis* en el arte, sino además en la producción discursiva del investigador que, para escribir, debe activar sus propias éticas-estéticas. Nótese que hablo de tensión entre argumentación y *poiesis*, mas no de dicotomía u oposición entre “saberes académicos” y “no-académicos”.

De modo que la analogía que inspira este trabajo, no asume el cuerpo bajo la imagen de recipiente u objeto contenedor, como entidad vacía o incompleta que adquiere valor en la medida en que sea llenado³². Este vaciamiento simbólico del cuerpo va acompañado del vaciamiento simbólico del mundo (cfr. Lander, 2002: 15); en este juego dicotómico, del mismo modo en que la mente dobliga el cuerpo, la razón lo hace con el mundo. Estas imágenes de cuerpo y mundo obedecen a un logocentrismo que funciona con la noción de progreso lineal (que va de lo natural hasta lo cultural, de lo comunitario -la manada- hasta lo individual, de lo tradicional hasta lo moderno), en el cual el cuerpo viene a verse como obstáculo que debe someterse para trascender.

En contraste, asumimos el texto como superficie de inscripción de sucesos, en cuyas formas es posible observar marcas de acontecimientos pasados, conflictos y relaciones de fuerza (cfr. Foucault, 1992: 14). En el cuerpo del texto podemos apreciar cómo entran en escena diferentes reglas de regímenes de escritura no sólo para imponerse, sino también para ser trastocadas en su textualidad (corporalidad).

Al dibujar *lo normal* dentro del régimen de verdad de la escritura académica, es posible apreciar que las estrategias usadas para mantener sus reglas (objetividad, fidelidad al referente, universalidad, claridad, presencia del hecho, etc.) son, precisamente, estrategias de lenguaje, vinculadas con el uso u omisión de ciertas formas gramaticales y sintácticas, así como con el emplazamiento de fórmulas que ofrezcan, en un contexto argumentativo concreto, el efecto de presencia (demostrativa o deductiva) al hecho. Los intersticios y las respectivas fugas del dispositivo derivan, precisamente, de esta condición: “la presentación de los datos no es independiente de los problemas del lenguaje (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 240). De modo que quienes escriben textos académicos enfrentan, indefectiblemente, problemas de lenguaje que pueden llegar a ser tan retóricos como en cualquier otro tipo de escritura. Así, la resistencia opera con el mismo material de las relaciones de poder: el lenguaje.

Si bien la publicación de artículos en revistas de carácter académico es puesta en función de la “organización, regulación, y ordenamiento sistemático”³³ de una escritura identificable como *académica*, en las superficies de los textos publicados es posible recuperar las procedencias y los clivajes de esa misma escritura que, lejos de reiterar la homogeneidad y la unidad, exhibe múltiples marcas y accidentes que nos ponen de cara al texto como un espacio de relación de fuerzas y luchas de las que participan saberes silenciados oficialmente.

Para que el empleo de una forma (sintáctica, semántica o pragmática) que se desvía de lo *normal* consiga ser *resistente*, debe -más que llamar la atención por su carácter insólito- agitar el texto y crear una tensión. De nada valdría aquí realizar un inventario con aquellas figuras retóricas que tendrían esa fuerza inmanente, ya que ésta nunca se produce por fuera

³² La representación de vida y muerte en la tradición judeo-cristiana está permeada de esta visión. De acuerdo con ésta, cuando se muere, el alma abandona el cuerpo.

³³ Característica de las coherencias funcionales que someten los saberes locales históricos, según Foucault (2000: 21).

de un contexto argumentativo³⁴. Es decir, la resistencia opera con las condiciones de posibilidad del texto, en tensión con el juego de reglas en el que se inscribe. Ahora bien, la resistencia no constituye una abrupta oposición al régimen de lo normal; más bien, deviene en el tránsito de una forma a otra (de-formación) del texto, en su trastocamiento creativo, en una tensión capaz de hacer -a pesar de y, a la vez, gracias a la agitación y la alteración- que el texto siga palpitando sobre una nueva forma y con otro ritmo que lo mantiene vivo.

Esto se da en la medida en que sea posible captar la argumentación en “el paso de lo habitual a lo inhabitual y el retorno a un habitual de otra índole, producido por el argumento en el momento mismo en que se acaba” (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1989: 273). Resistirse es alterar la normalidad del régimen en la particularidad del texto, sin que este se perciba como un cuerpo monstruoso, lo cual no solo introduce la diferencia en el texto como “pieza” del dispositivo, sino en el dispositivo como conjunto. Es así como en el seno del texto se produce una nueva habitualidad que dinamiza el régimen de verdad y sus esquemas de percepción.

Aunque el dispositivo dé la impresión de restricción rotunda, lo anterior sucede a menudo. Es cierto que el régimen de saber-poder sobre la escritura académica produce artículos “normales” que cumplen cabalmente sus reglas –porque están adheridos a su voluntad de verdad o, simplemente, porque han sido dispuestos para acomodarse-. Pero también es cierto que, sin salirse del todo de los límites del dispositivo (es decir, sin dejar de ser considerados “artículos académicos”), algunos textos tienen el poder de resistirse creativamente; algunos de ellos sobreviven en la periferia, y desde allí infectan silenciosamente el dispositivo. Al bordear los límites, estos textos corren el riesgo de la “monstruosidad” o, más aún, de exponerse a la muerte; en todo caso, en esa exposición riesgosa, reafirman la vida dentro del dispositivo.

Así, desde alguno de los bordes, el cuerpo de un texto alcanza a infiltrar algo de aquello que está por fuera de los límites dibujados por las reglas (las trastoca), y en esta acción se inyecta vida para que el adentro no lo ahogue. Esta es su primera resistencia: arriesgarse a la creación –no como ornamento ni decoración- sino como agitación de las ideas, de la fuerza del pensamiento que no encuentra en la normalidad discursiva un espacio para enunciarse y, entonces, va al límite, se expone, arriesga, bordea, crea y sigue latiendo.

Cuando un texto se sitúa en este lugar cumple un papel equilibrista. Una escritura así no está en la certeza del centro sino en la fragosidad de los límites. Para sobrevivir, para no rodar por el abismo, deberá entrenarse, llenar de vigor sus textos, robustecerlos y, a la vez, hacerlos lo suficientemente flexibles para sortear terrenos inciertos y escarpados; prepararlo para el ascenso a la montaña. Michel Serres, en “Variaciones sobre el cuerpo”, se refiere a la necesidad en la escritura de un ejercicio gimnástico:

“Porque la escritura es tan poco indulgente como la montaña, la mayoría de los paseantes escritores se hacen preceder de guías y rodear de cuerdas: citas-seguridades, notas-refugios, referencias-clavijas. El falso oficio

³⁴ Al respecto Perelman (1997: 17) dice: “Al examinar las figuras fuera de su contexto, como flores disecadas en un herbario, se pierde de vista el papel dinámico de las figuras; ellas se convierten en figuras de estilo”.

consiste en multiplicar nombres propios; el de escritor real exige el cuerpo total y a su sola singularidad en compromiso solitario, el ejercicio gimnástico (...)” (Michel Serres, 2011: 37).

En últimas, hablamos del movimiento como condición necesaria para el acto de escribir porque cuando un cuerpo se paraliza, cuando ni savia, ni sangre, ni ideas circulan ya por él, el pensamiento se estanca y se aleja de la vida, en tanto fuerza activa. De manera que se hace indispensable “echar a andar” y, en el camino, buscar un ritmo propio, una *autopoiesis*, así nos tome la vida entera encontrarlos. Nadie podrá prescribir estos recorridos porque, como diría Fred Murdock en el cuento “El etnógrafo” de Jorge Luis Borges (1994), “esos caminos hay que andarlos”.

Andanza, ejercitación, esfuerzo, constancia y, al tiempo, búsqueda, contingencia, transformación, diferencia, poesía, danza, son todos componentes de una misma práctica. Marina Garcés lo plantea del siguiente modo:

“La pluma de un autor, como bien ha explicado Nietzsche, no es la firma de un propietario, sino el movimiento de un cuerpo al danzar. Los pasos de baile se aprenden y se practican, pero al fin cada cuerpo tiene su manera de ejecutarlos, su manera de infundirles, como decíamos, vida. Hasta la más austera de las plumas filosóficas, hasta la más impersonal y anónima de las escrituras, tiene su tono y su estilo, si realmente ha hecho suyo el problema que está abordando y la necesidad de desplegar sus conceptos y transformarse con ellos” (Garcés, 2013: 32-33).

De la mano de Michel Serres (2011), asentimos frente a la idea de que exponerse fortifica y protegerse en exceso, debilita. No obstante, Adrián Cangi se percata de que “si un exceso de protección puede debilitar y enfermar a un cuerpo, la intensidad excesiva puede desgastarlo irreversiblemente” (2011: 23). El riesgo consiste en que, si bien el texto requiere de una considerable fuerza para latir, la exposición a demasiada tensión podría infartarlo. Y, sin embargo, yo creo se trata de un riesgo que vale la pena correr en la lucha para escapar crítica y creativamente de las convenciones del saber y el poder.

Escritura como riesgo, escritura como experiencia, porque decir, escribir, pensar, “formar conceptos [*son*] una manera de vivir y no de matar la vida; [*son*] una manera de vivir en una relativa movilidad y no una tentativa por inmovilizar la vida” (Foucault, 1995: 14).

Este texto

“¿Es posible escribir un artículo académico donde se muestre la misma inviabilidad de ese tipo de escritura cuando se convierte en caricatura de sí mismo?”

Efrén Giraldo (2010: 5)

No pretendí envolver entre las palabras una negación de la existencia o de la importancia de la escritura académica; decir que es una construcción social basada en un juego de reglas no constituye, en absoluto, un desconocimiento de su poder para producir realidad, todo lo contrario. La escritura académica, tal como circula en las publicaciones actuales, efectivamente *existe*, pero esa existencia responde a circunstancias históricas, políticas, institucionales, económicas, y no se trata de una existencia natural incuestionable, inmodificable. De hecho, es muy importante para mí comprender de qué modos este texto no pretende, ni puede, desmarcarse totalmente de lo llamado *académico*, si intentara situarse completamente por fuera de ello, sus formas, su contexto y sus destinatarios serían otros. Es así como no pretendo situarme en un lugar que niegue o deshaga lo académico sino, más bien, en un espacio fronterizo desde el cual se produzca crítica y creativamente su resignificación.

Este texto, de débiles latidos, fantasea con llenar de vida su enclenque cuerpo; temeroso en el ascenso a la montaña, todavía necesita de muchos amarres y refugios. Algunas veces, seducido por el afuera, tuvo el impulso de soltarse, pero se contuvo. Me esfuerzo en no ceder a la tensión y, por ello mismo, mantenerla, para que se aliente la pregunta. Es claro el propósito de resignificar la escritura en ciencias humanas por medio de mi propia escritura, pero no puedo eludir que, precisamente, ella es también hija de esas ciencias humanas, surcadas por el logocentrismo, lo que de entrada problematiza toda aspiración de coherencia absoluta. Más o menos consciente de que no sólo todo lo que dije aquí, sino también *la forma en que lo dije* pueden ser usados en contra de mis propios argumentos, asumo el riesgo de la demolición³⁵.

No sin miedo, ya lo admití, me expongo entonces porque, en últimas, como dice Clifford Geertz³⁶, “con tenacidad y coraje, puede uno llegar a acostumbrarse”. Ahora bien, no suelo asumir riesgos de una forma desinteresada, comparto este texto con el ánimo de encontrar otras voces que confronten y enriquezcan sus apuntes inconclusos.

³⁵ Ver el texto de Pablo Kreimer (2007): *Sobre el nacimiento, el desarrollo y la demolición de los papers*.

³⁶ “El problema básico no es ni la incertidumbre que implica contar historias sobre cómo viven otras gentes ni la incertidumbre epistemológica acerca de cómo clasificar tales historias en el marco de los géneros académicos, incertidumbres, por lo demás bastantes reales, que siempre han estado ahí, y que son inherentes al dominio mismo. El problema es que actualmente tales cuestiones están siendo abiertamente discutidas, en vez de verse cubiertas por un velo de mística profesional, y el peso de la autoría parece de pronto mucho menos llevadero. Tan pronto como los textos etnográficos empiezan a considerarse en sí mismos y no como meras mediaciones, una vez empieza a vérselos como construcciones, y construcciones hechas para persuadir, los que los escriben aparecen como más responsables de ellos. Tal situación puede inicialmente producir alarma, y un sonoro ‘volvamos a los hechos’ por parte de la institución, a la vez que una acusación de voluntad de poder por parte de sus adversarios. Pero, con tenacidad y coraje, puede uno llegar a acostumbrarse” (Geertz 1997: 148)

BIBLIOGRAFÍA

Almario, Óscar 2008 “A modo de presentación” en Almario García, Óscar y Ruiz García, Miguel Ángel (comp.) *El Giro Hermenéutico de las Ciencias Sociales y Humanas. Diálogo con la sociología* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia).

Aranzueque, Gabriel 2012 *Cuerpo y texto* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas).

Barthes, Roland 2004 *Lo neutro* (Buenos Aires: Siglo XXI).

Blanchot, Maurice 1969 “Nietzsche y la escritura fragmentaria” en *ECO* N° 5-7, septiembre- noviembre.

_____ 1992 *El espacio literario* (Barcelona: Paidós).

Blumenberg, Hans 2003 *Paradigmas para una metaforología*. (Madrid: Trotta).

_____ 2001 *La inquietud que atraviesa el río. Ensayo sobre la metáfora*, (Barcelona: Ediciones Península/HCS).

Borges, Jorge Luis 1994 “El etnógrafo” en Borges, Jorge Luis, *Elogio de la sombra. Obras completas*, 20ª. ed., (Buenos Aires: Emecé Editores) Volumen 2.

Cangi, Adrián 2011 “Escribir el cuerpo: indicios, querellas y variaciones” en Serres, Michel *Variaciones sobre el cuerpo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).

Castro-Gómez, Santiago 2005 *La Hybris del Punto Cero: ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana).

Clifford, James – Marcus, George (eds.) 1991 *Retóricas de la antropología* (Barcelona: Jucar Universidad).

Dagognet, Francois 2001 “Por una filosofía de la enfermedad” en *Sociología* N° 24 Revista de la Facultad de Sociología de UNAULA (Medellín: UNAULA).

Deleuze, Gilles 1987 *Foucault* (Barcelona: Paidós).

_____ 1992 “Los intelectuales y el poder, entrevista con Michel Foucault” en *Microfísica del poder. Más allá del bien y del mal*, tercera edición (Madrid: Ediciones la piqueta).

_____ 1995 “Qué es un dispositivo” en *Michel Foucault, filósofo* Segunda edición (Barcelona Gedisa).

_____ 1996 *Crítica y clínica* (Barcelona: Anagrama)

Escobar, Arturo 2005 *Más allá del tercer mundo. Globalización y diferencia*. (Bogotá: ICANH)

Foucault, Michel 1990 *Tecnologías del yo y otros textos afines* (Barcelona: Paidós).

_____ 1994 *Estética, ética y hermenéutica; obras esenciales* (Barcelona: Paidós).

_____ 1995 “La vida: la experiencia y la ciencia” en *Sociología* N° 18, Revista de la Facultad de Sociología de UNAULA (Medellín: UNAULA).

_____ 1999 *La verdad y las formas jurídicas* (Barcelona: Gedisa).

_____ 2000 *Defender la sociedad* (Buenos Aires: Fondo de cultura económica).

_____ 2001 *La hermenéutica del sujeto* (Buenos Aires: Fondo de cultura económica).

_____ 2010 *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, segunda edición revisada (México D.F.: Siglo XXI).

_____ 2010b *La arqueología del saber*, segunda edición revisada (México D.F.: Siglo XXI).

_____ 2005 *El orden del discurso* tercera edición (Barcelona: Fábula Tusquets Editores).

_____ 2005b, *Historia de la sexualidad*, Tomo II: “El uso de los placeres”, Decimosexta edición en español (Buenos Aires Siglo veintiuno).

_____ 2009), “Cómo nace un libro experiencia”, En: *El yo minimalista y otras conversaciones*, 3ª impresión (Buenos Aires: La Marca Editora).

_____ 1989), *El pensamiento del afuera*, Trad. Manuel Arranz, Pre-textos, Valencia.

GARAVITO, Edgar 1999 *Escritos Escogidos* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas).

Garcés, Marina 2013 “La estandarización de la escritura. La asfixia del pensamiento en la academia actual” en *Athenea digital* UAB (13), Marzo.

GEERTZ, Clifford 1997 *El antropólogo como autor* (Barcelona: Paidós).

_____ 2003 *Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social* en Reinoso, C. (comp.) “El surgimiento de la antropología posmoderna” (Barcelona: Gedisa).

Ginzburg, Carlo 1994 *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia* (Barcelona: Gedisa)

Giraldo, Efrén 2010 *Decálogo del perfecto articulista* en *Agenda Cultural Alma Máter* N° 165 (Medellín: Universidad de Antioquia).

Grosfoguel, Ramón 2006 “La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: Transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global” en *Tabula Rasa* N°4 (Bogotá).

Knorr Cetina, Karin 2005 *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes)

Kreimer, Pablo 2006 “Sobre el nacimiento, el desarrollo y la demolición de los papers” 2006, en GOLOMBEK, Diego compilad. (2006), *Demoliendo papers: la trastienda de las publicaciones científicas*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires.

_____ 2009 *El científico también es un ser humano*, Buenos Aires, Siglo XXI,

_____ 2011 “La evaluación de la actividad científica: desde la indagación sociológica a la burocratización. Dilemas actuales” en *Propuesta Educativa* N° 36 – Año 20, Vol. 2, noviembre.

Lahire, Bernard 2006 *El espíritu sociológico* (Buenos Aires: Manantial).

Lander, Edgardo 2003 *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).

Lepenes, Wolf 1994 *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. (México: FCE).

Marcus, George - Fischer, Michael 2000 *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas* (Buenos Aires: Amorrortu).

Martínez Boom Alberto 2004 de la escuela expansiva a la escuela competitiva. Dos modos de modernización en América Latina (Bogotá: Anthropos)

Moro A., Óscar 2003 “¿Qué es un dispositivo? En *Empiria*, Revista de metodología de Ciencias Sociales, N° 6 (Madrid: Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UNED)

Nancy, Jean-Luc 2007 *58 indicios sobre el cuerpo* (Buenos Aires: La cebra).

Nietzsche, Friedrich 1970 “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral” en *Obras Completas*, vol. I (Buenos Aires: Ediciones Prestigio).

Pardo, José Luis, 2004 “La perversión del lenguaje” en *Letras Libres*, Edición España, N° 33, Junio, versión digital: <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/la-perversion-del-lenguaje>

Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca, Lucie 1989 *Tratado de la argumentación. La nueva retórica* (Madrid: Gredos).

Perelman, Chäim 1997 *El imperio retórico* (Bogotá: Norma)

Real Academia Española 2001 *Diccionario de la Lengua Española*, 22ª ed. (Consultado el 20 de julio de 2013).

República de Colombia, Departamento administrativo de Ciencia, Tecnología e innovación, COLCIENCIAS 2013 *Documento Conceptual del Modelo de Medición de Grupos de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación*, disponible en la página: <http://www.colciencias.gov.co/noticias/colciencias-invita-la-comunidad-discutir-el-documento-conceptual-del-modelo-de-medici-n-de-> Fecha de recuperación: junio 27 de 2013.

República de Colombia, *Ley 1286 de 2009*.
http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley/2009/ley_1286_2009.html Fecha de recuperación: junio 27 de 2013.

Restrepo, Andrés, Restrepo, Juan y Arvila, Koleia 2005 *Una historia muy particular*, separata conmemorativa de los 70 años de la Revista Universidad de Antioquia.

Restrepo, Olga, 2004 “Retórica de la ciencia sin ‘retórica’. Sobre autores, comunidades y contextos”, en: *Revista colombiana de sociología* (Bogotá).

Ricoeur, Paul 1995 *Tiempo y narración*, vol. 1, *Configuración del tiempo en el relato histórico* (México: Siglo XXI).

_____ 1997 “Retórica, poética y hermenéutica” en Aranzueque, Gabriel y Mongin, Olivier (coord.) *Cuaderno gris* N°. 2 (Ejemplar dedicado a: Horizontes del relato: lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur).

_____ 1998 “¿Qué es un texto?”, En: *Lingüística y Literatura*. Medellín, No. 33: 86-105, enero-junio, (Medellín: Universidad de Antioquia).

_____ 2001 *La metáfora viva* (Madrid: Trotta).

_____ 2006 *Sí mismo como otro* (Madrid: Siglo veintiuno).

Salomon, Jean-Jacques 2001 "El nuevo escenario de las políticas de la ciencia" en *Revista internacional de ciencias sociales* N° 168, junio.

Serres, Michel 2011 *Variaciones sobre el cuerpo* (Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica)

Universidad de Antioquia, Vicerrectoría de Docencia 2013 *Criterios del Comité Interno de Asignación de Puntaje*.